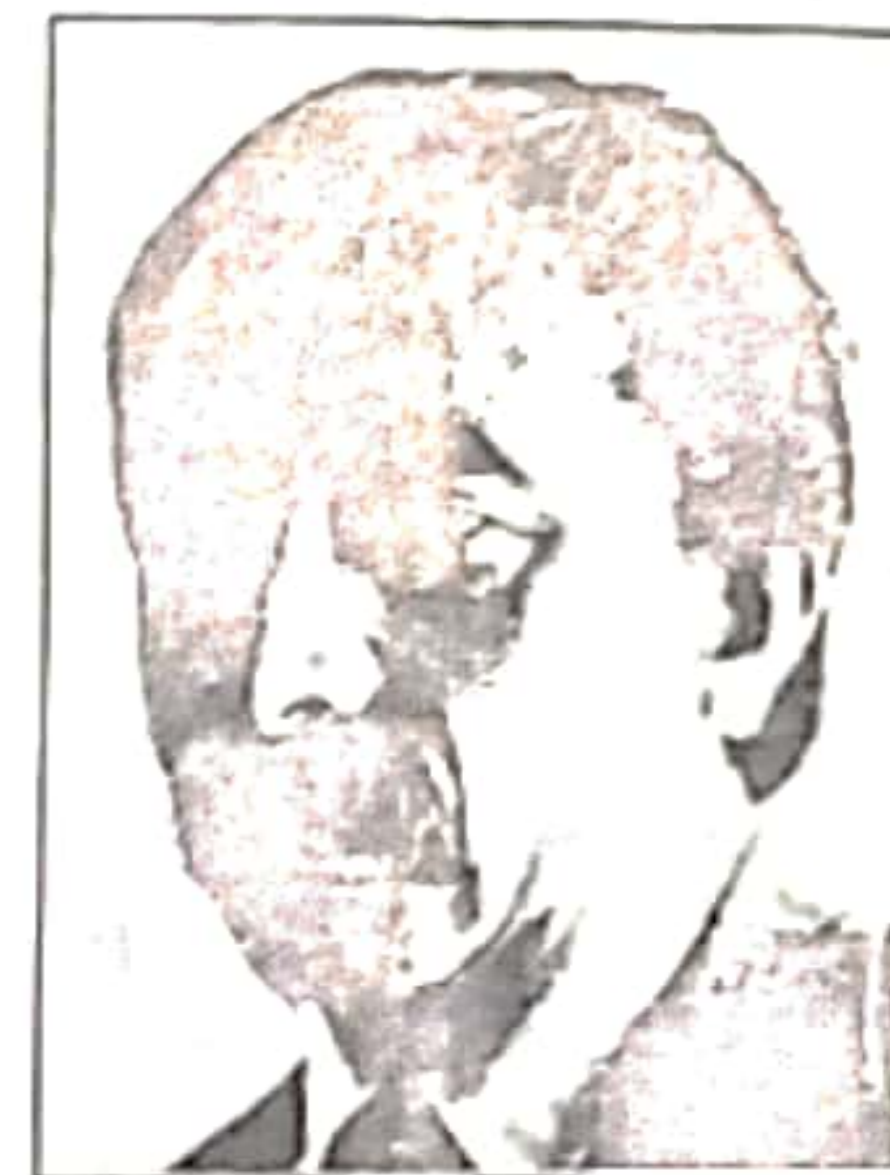


# Adolfo Cáceres Romero

ADOLFO CACERES ROMERO.- (Oruro-1937). Profesor de Lengua y Literatura españolas. Escritor ensayista. Profesor de Estado. Catedrático universitario. Premio Nacional de Cuento, Universidad Técnica de Oruro (1967); Premio Municipal de Literatura (1967), Cochabamba; Premio "Franz Tamayo" (La Paz, 1982).

Autor de textos escolares, obras de cuento y novela "Poesía Boliviana del siglo XX, Antología bilingüe, publicada en Ginebra (Suiza). Nueva Historia de la Literatura Boliviana (IV tomos), en ejecución. Radica en la ciudad de Cochabamba.



## Viracocha, el angel supremo

Adolfo Cáceres Romero

La oscuridad estalla en ascuas vivas, fecundadas en la noche, y dos de ellas, muy juntas, medrantes, se apartan y sus dedos aplastados se imprimen en el barro. La lluvia ha cesado y se oye el latido de un canto ronco. Caen las últimas gotas de la enramada. La luna, a veces devorada por turbios nubarrones, se diluye en los charcos. Pronto la tierra exuda la bruma de su aliento. Las chispas escrutan el contorno y avanzan, en salto elástico, hacia la casona que ha quedado a oscuras. A lo lejos centellean las nubes en retirada.

Llanto apagado, las gotas estrellan su cristal en su reflejo. Todo es quietud, hasta que de pronto, las chispas, sacuden el silencio croando ardorosamente. Los dioses gibosos mascullan órdenes dormidas por milenios. Viracocha, supremo creador, que "no habita ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mundo subterráneo", ha vuelto para castigar la soberbia de los hombres. La noche tiene un parto misterioso. Viracocha, una vez más, lanza su sentencia. Todavía hay quienes recuerdan cómo, con terribles tormentos, se deshizo cuatro veces de los seres imperfectos de su creación: Primero, por medio del fuego de los volcanes que manejaba a su gusto; después, por medio del diluvio de 60 días, provocado por su cólera, continuando con las epidemias asesinas y, finalmente, petrificando a los desobedientes.

Ahora, la quinta vez, ha enviado a la tierra la plaga del sueño, por medio del Angel Exterminador. Las chispas van rodeando la casona. Nadie -ni ellas- sabe si cayeron del cielo o emergieron de las profundidades de la tierra. Sólo están para cumplir su misión. Dos ascuas, con los dedos aplanados, el bulto de su pecho a punto de estallar, adelantan su salto y se quedan con las rodillas dobladas. Débiles resquicios franquean su paso al interior de la casona, donde una mujer joven arrulla y consuela a su niño. Viracocha sacude los cielos atronadoramente y los anfibios enmudecen su canto. Es la hora del Angel. La mujer, extrañada por ese súbito silencio, se asoma a la ventana. La luna aureola las nubes. Hasta las gotas permanecen quietas, como barridas por una ráfaga animada. "Ahora el niño podrá dormir", la mujer. Los tablones viejos de la casa de campo reciben el salto arrodillado del Bufo marinus que continúa hinchándose. La mujer advierte que vuelve luz y la voz de su marido, hábil taxidermista, que le dice que acaba de arreglar la lámpara. El niño duerme en su cuna

-Qué raro -la mujer

-¿Por qué?

-Han dejado de croar

-¡Hum! No me había dado cuenta -el hombre disminuye la llama de la lámpara de aceite-. Bueno, así podremos dormir mejor.

La mujer le dice que tiene miedo y se le echa a los brazos. Saltan las chispas en un rincón. Las sobras parecen cobrar vida en los resquicios. El aposento se puebla de latidos. La sangre acelera el pulso de la mujer que, súbitamente, descubre el bulto de las chispas; sus labios se apartan aterrados, las cuerdas tensas vibran en un grito incontrolable.

-¡Qué pasa! -su marido trata de sujetarla contra su cuerpo. Ella se crispa. -Mierda, qué pasa! -el hombre la suelta y se queda frente a ese brillo silente. Se le estremece el cuerpo, luego trata de tranquilizarse "No es nada", dice. "Es un sapo", el sudor frío que le baña le indica que es algo más. "Un sapo grande", con sigilo abre la puerta e intenta botar al bicho. La mujer se cubre el rostro con las manos. El niño duerme ajeno al miedo de sus padres. "Sólo un maldito batracio", el hombre levanta el pie y lanza una furibunda patada, pero no puede con la elasticidad de esa bola rugosa. Entonces trata de pisarla y salta con ambos pies. Nada. Busca un palo y, sin darse cuenta, persiguiendo al bicho, se halla afuera, en el patio, donde miles de chispas parecen aguardarlo. Nada, sino su angustia. El silencio lo juzga. Retrocede, hacia la puerta. En la habitación, una colección de batracios, disecados adorna sus escasos muebles. Retrocede, sin importarle los charcos que empiezan a espumear. El contorno croa, rompiendo el conticinio. Los dioses gibosos han recibido la sentencia de Viracocha. La orden se transmite a través de las nubes y la bruma que desciende. CROAN Y CROAN los sapos, hinchando su furia; hasta las danzantes figuras disecadas parecen hacer eco en ese coro.

El hombre tantea la puerta, se siente perdido. Cuando va a volverse para correr, el rostro se le llena con la baba fría de los batracios. "Mierdas!", escupe, pero ya es muy tarde; no puede evitar el gusto picante de esas flemas que le quemán el estómago. Trastabilla y cae rendido por los salivazos. CROA el aire que respira. "NO!", se levanta y consigue llegar a la habitación también llena de furiosos sapos. La mujer llora en un rincón. El niño duerme como arrullado por ese croar insistente.

-No veo bien! -el hombre parpadea. Sus pestañas, pegajosas, se resisten al esfuerzo.

-Oh, Dios! -gime la mujer.

Los sapos se retiran, con sus brincos sigilosos.

-María, ayúdame! -el hombre extiende las manos hacia su esposa. La mujer lo ve y retrocede horrorizada. -María-. El hombre se desfigura, tiñéndose de rojo; se hincha y babea en un frenesí epiléptico. Ya no se le entiende lo que farfulle; su voz, croa. "María", siente el contacto de su esposa y la derriba. Desgarra sus vestiduras, salpicando de semen el cuerpo de la joven. Ella le muerde y araña sin lograr zafarse de ese abrazo. Siente que el miembro viril hiende sus carnes y chillá; inundada por la espuma del batracio; sus ojos cambian de expresión y, ella también, responde a esa locura erótica. Jadea, finalmente rendida al macho que yace inerte, como escuerzo disecado. Jadea, exhausta, y no puede gritar su horror. Ya no le entiende. Jadea, croando.

El niño, sentado en su cuna, contempla sonriente la escena, mientras una voz extraña le susurra en la mente: "Desde ahora pensarás que lo que has visto es parte de un sueño y, cuando tengas una mujer a tu lado y la goces, matarás con tus sueños".